

Discurso inaugural Tercera FIA.
Ana María Zúñiga Caro
Coordinadora.

Muy buenas tardes a toda la comunidad educativa reunida en este auditorio. Un saludo muy cordial de bienvenida a quienes nos visitan y en especial al destacado profesor Eduardo Cabezón, quien en unos instantes nos hará una interesante presentación.

Nos convoca hoy nuestra tercera versión de la feria interactiva del ICUC, en un momento muy especial y complejo a nivel país, donde se aboga por una educación más equitativa y de mayor calidad.

Es en este último aspecto, el de la calidad, donde podemos contextualizar este encuentro, ya que como institución formadora de docentes, debemos hacernos cargo de la formación de todos y cada uno de ustedes.

Es necesario generar una “cultura de formación integral” que implique nuestro desafío y preocupación constante por el logro del máximo de competencias profesionales y personales que se declaran en el perfil del educador de la fe.

Ustedes, queridos y queridas estudiantes, son los protagonistas en esta “cultura formadora” y es sólo en una permanente y auténtica inmersión de experiencias significativas que ustedes experimenten en su proceso de formación docente, donde podrán discernir y decidir si optan por prolongar las **viejas** prácticas educativas o generar nuevas formas de educar.

Estoy convencida que sólo podrán hacerse cargo de los cambios requeridos, si nosotros, “formadores de docentes”, les hemos posibilitado vivenciarlos en su proceso académico.

Formar profesores de calidad es un tremendo desafío para todos y significa, entre otras muchas variables, el aprender a “ser mediadores eficientes y eficaces” para propiciar una actitud reflexiva y crítica que los estimule a examinar con creatividad y autonomía, sus convicciones y creencias a la luz de una sociedad altamente compleja: tecnologizada, con crisis de sentido y con una **implosión**

comunicacional sorprendente, todo esto con el propósito de “formar docentes” capaces de modificar progresivamente sus prácticas pedagógicas.

Sin duda que los mejores formadores de docentes no son necesariamente quienes hayan alcanzado un mayor grado académico, lo cual obviamente constituye un mérito indiscutible. El enriquecimiento disciplinario es el resultado de la experiencia de enseñar, esto es lo que posibilita “una mejor estructura conceptual con respecto al conocimiento declarativo”.

Un buen proceso de formación docente se construye en esta maravillosa interacción humana entre el docente y sus estudiantes, en lo cotidiano de los espacios educativos. Esto es lo que posibilita lo que Feurestein plantea en su teoría de modificabilidad cognitiva, “el aprendizaje mediado”, es posible y necesario intencionar no sólo la adquisición del conocimiento, sino también un pensamiento de buena calidad que permita aprender en forma más profunda y significativa.

Necesitamos docentes críticos capaces de reelaborar la información que sustenta sus creencias y convicciones, docentes creativos para generar ideas alternativas y soluciones nuevas y originales, docentes metacognitivos con capacidad reflexiva sobre sus propios procesos de pensamiento y estrategias de aprendizaje.

Finalmente, y como corolario de todas esta intencionalidad en la formación docente, está la formación de actitudes que en un educador de la fe, cobran una relevancia especial. Con fe, certeza y optimismo en que todos somos capaces de cambiar y optimizar nuestros aprendizajes, con aceptación y respeto por la diversidad humana que encontramos en cada estudiante, responsables, perseverantes y comprometidos con la profesión que hemos elegido, con espíritu solidario, cooperativo y empático para propiciar una atmósfera generadora del aprendizaje.

Desde estas distintas perspectivas tocadas muy tangencialmente, la gran pregunta es: ¿En qué sentido estamos caminando? ¿Qué tipo de educadores de la fe estamos formando y cuál es el que queremos formar? ¿Cómo estamos realizando este proceso de formación integral? ¿Dónde están nuestros énfasis? ¿En lo disciplinario, en la

didáctica, en lo valórico?

Todas estas interrogantes y muchas otras que puedan surgir en el camino, sólo podemos responderlas con una adecuada evaluación, tema sobre el que hemos focalizado esta feria. Este es el elemento regulador del currículum por excelencia, que nos permite realizar los ajustes necesarios en nuestros programas de acción educativa.

Es probable que si analizamos cuál es la concepción de evaluación que subyace en nuestras prácticas educativas, nos encontraremos con numerosas convicciones y creencias que apuntan o son convergente con determinados modelos a los cuales unos u otros adscribimos, todas ellas con méritos y propósitos claramente definidos.

Tal vez no todos hemos explicitado ni menos reflexionado sobre ellos, la evaluación simplemente ocurre; a veces sólo como una necesidad administrativa que se nos impone para calendarizar pruebas o entregar notas para aprobar o reprobar en determinados momentos del año académico. Aquí estamos validando una concepción tradicional de la evaluación como “medición”. Al terminar cada período, analizamos a través de gráficos comparativos el resultado obtenido por los diversos grupos de estudiantes en las diversas asignaturas con énfasis en el rendimiento de contenidos declarativos. ¿Analizamos esta información en forma cualitativa para indagar cuáles son las habilidades cognitivas y las estrategias que utilizan los estudiantes, o para perfeccionar nuestras clases?

¿Estamos dispuestos a desprendernos del poder que otorga la medición de cuánto saben nuestros estudiantes y reemplazarlo por el poder de la comunicación, la contextualización y el asombro de aprender juntos?

Santos Guerra plantea al respecto: “hay que evitar a toda costa que la evaluación sea una instancia de dominio en un sentido vertical que empobrece su función. Por el contrario, hay que hacer de ella un proceso de diálogo, de comprensión y mejoría de las prácticas educativas”.

Es en estas últimas **precisiones** donde se vislumbra un nuevo paradigma evaluativo que constituye la propuesta actual y desde

donde podemos conceptualizar la evaluación como un proceso inherente a las prácticas pedagógicas, que se realiza en forma permanente en la cotidianidad del aula y que nos permite evaluar dinámicamente, estimando distintos aspectos del proceso de aprendizajes de nuestros estudiantes.

Esta es una propuesta que “se juega” en la calidad de las interacciones entre docente y estudiantes, y entre estudiantes entre sí, donde se valoran los logros y se reconocen errores como fuente de aprendizaje y no como fracasos. Donde la relación es horizontal y dialogante, donde la medición da paso a la observación, donde se evalúan no sólo los contenidos declarativos, sino también los procedimientos y actitudes, donde se asume finalmente el trabajo en grupo y la participación de todos los actores en el proceso evaluativo.

Una perspectiva holística e interactiva de ambos paradigmas nos lleva a no “cerrarnos” a aplicar procedimientos e instrumentos evaluativos convergentes sólo con uno de ellos. Finalmente, lo importante es la consistencia y la coherencia de nuestras prácticas evaluativas.

La invitación final es que todos aprovechemos la instancia de esta feria para iniciar o tal vez continuar y proyectar un proceso de reflexión que nos posibilite confrontar nuestras ideas, creencias y prácticas evaluativas, tal vez sea una oportunidad para romper esquemas y avanzar.

No nos quedemos sumergidos en el mar de nuestras propias prácticas y convicciones en torno a la evaluación, la invitación es que naveguemos hacia nuevos horizontes para que lleguemos a buen puerto, donde le podamos otorgar verdadero significado y trascendencia a nuestra misión de educadores.

Muchas gracias